e. haro tecglen

CASI UN GOLPE DE ESTADO

EL primer acto de las investigaciones senatoriales acerca del caso Watergate ha terminado. Se abre el paréntesis de las vacaciones parlamentarias: continuará en septiembre. Han salido a la luz algo más que conjeturas: acusaciones firmes, hechos probados. Aún no se ha llegado a la formulación directa y abierta de la culpabilidad del Presidente de los Estados Unidos, Richard Nixon. Pero sí a dibujar un esquema de una serie de hechos que el semanario «Time» —aun siendo conservador, aun teniendo siempre una tendencia a reflejar los destellos del poder— no vacila en calificar de «casi un golpe de Estado». Es decir, el uso de la fuerza, de la violencia, de la ilegalidad, para evitar que el Gobierno de los Estados Unidos —la Presidencia, puesto que es un régimen presidencialista— respondiese a los deseos de la opinión pública y asegurar, en cambio, la permanencia en él de quienes estaban en el ejercicio del poder.

ES probable que en el momento en que se produjeran los hechos conocidos ya con el nombre genérico de Watergate —nombre genérico que ha adoptado el mundo y se utiliza ya para todo lo que sea escándalo y corrupción desde el poder, como la introducción inglesa de provocadores y asesinos en las filas del IRA para desprestigiarle—, la oposición demócrata con la grande, triste y desconcertante aventura de McGovern, estuviese ya perdida. Pero habría que examinar las cosas desde mucho más atrás para saber por qué estaba ya perdida y si el largo ejercicio del poder absoluto en los Estados Unidos a partir del asesinato de Kennedy, primero por Johnson y luego por Nixon —independientemente de que aquél fuese demócrata y éste republicano—, responde o no a hechos naturales, si el asesinato mismo de Kennedy no fue algo más que «casi un golpe de Estado». Pero no saldríamos de las conjeturas o de las hipótesis.

FUERA de ellas, en el terreno de los hechos probados, está lo que el «New York Times» califica, más o menos, de conjura de palacio. «El Presidente Nixon y sus principales consejeros convirtieron toda expresión de desacuerdo y protesta en pruebas de horrendas conspiraciones, ayudadas y financiadas por enemigos del exterior». Por lo tanto, emplearon toda clase de medios previstos para destruir a los enemigos exteriores, en destruir a un enemigo del exterior. «La guardia del palacio presidencial temió a cada candidato potencial del partido demócrata no como a un aspirante según las reglas del sistema de dos partidos, sino como a un usurpador del poder que había de pertenecer a Richard Nixon para la salvación del país». En realidad, los Estados Unidos han visto suceder acontecimientos de este tipo en países satélites o simplemente amigos —revoluciones de palacio, casi golpes de Estado desde el poder, anulación o destrucción de las oposiciones, conversión de los elementos de defensa exterior en ataque a las disensiones interiores—, que no deberían sorprenderse de que pudiese ocurrir en su propio país. Es un problema de moral o de ética. Una vez que se comienza por aceptar que esos procedimientos son lícitos para con otros países y aun se les recubre con el manto de la libertad, no hay razón clara para negarlos en el propio país que los promueve. Una vez que se han utilizado largamente en Corea y en Vietnam o en Camboya, en países africanos, en la totalidad de las naciones hispanoamericanas —en unas con éxito, en otras sin él— y hasta en Europa —como en Grecia—, y aun con resultados más dramáticos, aun para las oposiciones o disidencias, no hay razón ninguna para no considerarlos posibles en su propio país. Los mismos brujos que se satisfacen de su capacidad para crear estas situaciones en el exterior no tendrán por qué limitarse en su actuación en el interior.

POR eso nos parece ver que en la exhibición a la luz pública por el Senado y por la prensa, por la televisión, que ha estado dando en directo las sesiones de la comisión Erwin, y la repulsa prácticamente unánime del suceso de Watergate y todas sus concatenaciones —los bombardeos «secretos» de Camboya o ahora las acusaciones directas contra el vicepresidente Agnew por supuestos delitos de «tráfico de influencia, prevaricación y fraude fiscal», cometidos cuando Agnew era gobernador de Maryland, pero continuados ya con fondos federales cuando era vicepresidente— suponen algo más que el esclarecimiento de unos hechos concretos. Representan un giro final hacia un nuevo estilo de gobierno, hacia unos conceptos más acordes con los textos fundacionales y la filosofía política propia de los Estados Unidos. Es quizá una especie de recuperación —o de intento de recuperación— del «american dream», que se había dado por perdido (y quizá lo esté). Está en relación muy estrecha con la crisis de sociedad producida por la guerra de Vietnam. Y lo está, indudablemente, por la política de coexistencia y el saldo de la guerra fría. Es indudable que este tipo de hechos hubiese pasado más o menos inadvertido en la época de guerra fría. La dictadura del senador Joe Mac Carthy duró varios años y causó enormes destrozos no ya en la oposición organizada, sino en todo el pensamiento liberal y auténticamente democrático del país, bajo el pretexto del anticomunismo; fue tolerada y apoyada prácticamente por la mayoría de la población por el hecho de que se desarrollaba en la época de terror del comienzo de la guerra fría, precisamente cuando se había descubierto que el enemigo en potencia —la URSS— estaba en posesión de la bomba atómica.

EL estilo de gobierno de Nixon, tras el de Johnson, es un arrastre de esa época. Una época en la que los Estados Unidos colocaba en sus fronteras imperiales dictadores, que a veces eran sanguinarios o crueles, una época de contracción. Esa época parece que ha terminado por el momento, y es lógico que alcance a la esfera de poder desde

Caso Watergate: fortalecimiento de la opinión pública, que ha sido la primera en denunciar el escándalo.

De espaldas, en primer plano, el testigo Robert Odle, durante su declaración ante el comité del Senado que investiga el caso Watergate.

donde se ha ejercido, sobre todo si tenemos en cuenta que Nixon mismo dirigió gran parte de aquella política en el momento en que era vicepresidente con Eisenhower, y que está formado en ella. Como alguno de sus asesores o de sus hombres de confianza, como algunos de los protagonistas del caso Watergate.

LO que se ve en estos momentos, fuera de la anécdota inmediata, es un fortalecimiento de la opinión pública, que ha sido la primera en denunciar el escándalo, el «casi golpe de Estado», por medio de los periódicos y de otros medios de expresión; una personalización del Congreso y una disminución de los poderes presidenciales. Es decir, un regreso al equilibrio previsto por la Constitución escrita y por la tradición oral y las costumbres del país, al mismo tiempo que una reducción del apoyo a las dictaduras defensivas de la frontera exterior. Un intento de reconstrucción moral de los Estados Unidos. No hay ninguna seguridad de que se vaya a hacer sin graves problemas, como los que ya están sucediendo. La instalación en el poder de los grupos de intereses, políticos y económicos, que son producto de la situación anterior y que están obteniendo todavía tantos beneficios de ella que no pueden aceptar que termine, es tal que no va a ser fácil desalojarla, si se consigue alguna vez. Habrá que esperar su propia reconversión, en condiciones muy limitativas.

PERO la anécdota no es intrascendente. ¿Qué va a hacer el Presidente Nixon? En lo inmediato, va a contraatacar: su biografía es la de un **bull dog** y no ha cesado de serlo. Se ha defendido ya —y mal, por cierto— en conferencias de prensa, en un libro blanco, en algunos discursos. Se espera para uno de estos días —antes de mediados de mes, se dice— un discurso explicativo, una respuesta a todo lo dicho en el Senado. Y al margen, en el mundo de lo invisible, él y sus consejeros están preparando contratestigos, informes nuevos, actuación en la comisión del Senado. Pero aun así, el desprestigio le ha alcanzado de una manera grave, y lo que se ha dado ya como hechos probados es lo suficiente como para herirle de muerte, al mismo tiempo que otros pequeños escándalos van brotando —como el de Agnew— y que la situación general no parece favorecerle, como sucede con la escasez que aparece por primera vez en la sociedad de la abundancia —escasez de energía, escasez de agua, escasez de alimentos—. Por ello, a pesar de sus posibilidades de defensa inmediata, sobre todo en vista de que hasta este momento ninguno de los hechos precisos y concretos le atañen personalmente, queda la pregunta de qué va a hacer más adelante Nixon, o qué van a poder hacer con él. La idea de que pueda seguir gobernando el país hasta 1977, durante casi tres años y medio, parece en este momento inconcebible. El tema de Watergate es mucho más grave de lo que él mismo quiere aceptar, al menos públicamente, como dio a entender en sus brindis al primer ministro japonés Tanaka ofreciéndole la amistad total y diciendo: «Dejemos a otros que pierdan su tiempo en pequeñas, viciosas, sucias, cosillas sin importancia». No es solamente una actitud política: es probablemente una expresión del espíritu nixoniano, el de creerse por encima de muchas cosas que le parecen triviales; la superioridad que permitió que por lo menos sus ayudantes y sus hombres de confianza se entregaran a manejos ilegales para destruir las posibilidades de la oposición.

ESTE parece ser su temario, y el de la política internacional que tiene el consenso de la nación. El «casi golpe de Estado» aparece a los ojos de los que lo cometieron, de sus cómplices y de quienes los defienden como algo normal, como una pequeña astucia dentro del juego de la política. A los de fuera, como «casi un golpe de Estado» y una violación flagrante de los principios de la democracia. Esta es la contradicción que, si no se supera, acabará muy mal. Probablemente, con la presidencia de Nixon antes de 1977.

MUERTE EN EL EXILIO

EL SARGENTO BATISTA

Hubo un tiempo en que le llamaban "el Goering del Caribe". Fulgencio Batista hubiese querido que su régimen fascista se sumase a las potencias del Eje, y ello le costó después la presidencia de la República: la primera presidencia, la de 1940 a 1944. En realidad, gobernaba Cuba desde muchos años antes. Desde 1925 a 1933, el presidente Machado había mantenido una dictadura férrea, que acabó con un golpe que instalaba en la presidencia a Carlos Manuel de Céspedes. Duró veinte días. En 1933 se produjo la "rebelión de los sargentos", y uno de ellos —el primero de ellos— era el sargento Fulgencio Batista (que antes de sentar plaza como soldado y llegar a sargento había sido bracero, sastre, ferroviario, barbero y mecánico), émulo de las glorias del cabo Hitler. El sargento Batista creó una Junta Provisional y nombró presidente a San Martín. Hizo y deshizo presidentes: Mendieta, Barnet, Gómez y Arias, Bru, antes de elevarse él mismo a la presidencia de la República. Los Estados Unidos estaban tras él, pero su veleidad nazi, sus relaciones con Alemania —aunque luego declarase la guerra al Eje— hicieron conveniente una depuración. Apareció en su lugar, tras unas elecciones, Ramón Grau San Martín, y el coronel Batista se fue por el conocido camino de Florida a esperar su turno. A esperarlo y a fomentarlo: Batista tenía ya una inmensa fortuna y la manejaba. Después de la presidencia de Prio Socarrás, de 1948 a 1952, Batista dio un nuevo golpe de Estado y ocupó el poder con la anuencia de los Estados Unidos, que hicieron de Cuba un satélite invisible. Es decir, lo habían hecho ya muchos años atrás, a partir de la guerra contra España; la segunda presidencia de Batista les permitió prosperar profundamente en ese aspecto.

Batista no ahorró dureza de ninguna clase para suprimir las varias rebeldías que se alzaban contra su dictadura. Tuvo, sin embargo, una indulgencia que le costaría cara. El arzobispo de Santiago le había implorado que perdonase a un joven revolucionario que había tomado parte

→

Fulgencio Batista, «el Goering del Caribe», émulo de las glorias del cabo Hitler, con una fortuna de 3.000 a 160.000 millones de pesetas.